

COMO AGUA PARA ACEITE: LOS HOMBRES Y LA CAUSA FEMINISTA

M^a Dolores Herrero Granado

Universidad de Zaragoza

Como Imelda Whelehan claramente expone en su libro *Modern Feminist Thought* (1995: 177-193), la inclusión de los hombres en el movimiento de mujeres fue, ha sido y continúa siendo uno de los asuntos más escabrosos en la agenda feminista. Uno de los primeros y más importantes debates suscitados por el surgimiento y desarrollo del movimiento de liberación de las mujeres giró, sin duda alguna, en torno a la siguiente cuestión: ¿tienen o no tienen los hombres derecho a militar en nuestras filas? Como es bien sabido, en las primeras manifestaciones y mítines organizados tanto en Estados Unidos como en el Reino Unido, cierto número de hombres participó activamente. Sin embargo, muchas mujeres sintieron que su presencia en cierta forma alteraba la naturaleza de los debates y, lo que era aún peor, que éstos a menudo dominaban la discusión. Lógicamente, este malestar originó nuevas discusiones. Resultaba difícil excluir a los hombres de sus foros de debate a la vez que se argumentaba que "the creation of a new woman of necessity demands the creation of a new man" (Rowbotham, en Wandor 1972:3). Muchas feministas de finales de los años 60 y 70 basaron su discurso en argumentos más constructivistas que esencialistas, por lo que la estrategia de relegar a los hombres como 'enemigos' fue fácilmente aceptada como un posicionamiento socio-histórico transitorio, siempre susceptible de transformación y cambio. Aunque la mayoría de feministas no consideraron el separatismo absoluto como una solución a largo plazo, sí que abogaron por la autonomía como única forma real de construir un movimiento de mujeres y para la defensa de la causa de las mujeres. En palabras de Coote y Campbell: "They wanted their movement not to reject men so much as to be independent from them" (1987: 27). En una palabra, lo que estas feministas querían eran crear un foro que tomara única y exclusivamente a las

mujeres como objeto de estudio, lo que a su vez implicaba que el término 'feminista' sólo podría aplicarse a mujeres. Es precisamente este afán separatista lo que más se les ha echado en cara ya que, en opinión de muchos, resulta absurdo pretender cambiar el mundo ignorando a la mitad de éste.

Si bien tanto feministas de talante liberal como socialista atacaron el sistema patriarcal como la expresión última del control de los hombres sobre las mujeres, no por ello pasaron por alto el estudio de la así llamada esfera privada. La opresión no se ejercía única y exclusivamente en la esfera pública (estructuras gubernamentales, administrativas, judiciales, etc.), sino también en el ámbito de las relaciones familiares y personales. La idea de que 'lo personal es político' cobró fuerza entre las feministas, y el análisis pormenorizado del propio entorno personal se reveló como un proceso tremendamente liberador, así como imprescindible a la hora de plantearse cualquier tipo de cambio en las relaciones entre los sexos. La 'política sexual' (*sexual politics*), como dijo en llamarse, ponía de relieve, por encima de todo, que las relaciones de poder emanan y se perpetúan en el ámbito más privado de la vida de las mujeres.

'Sexual politics' held together the idea of women as a social group dominated by men as a social group (male domination/ female oppression), at the same time as turning back to the issue of women as sex outside of the bounds of reproduction. It threw political focus onto the most intimate transactions of the bedroom: this became one of the meanings of the 'personal is political'. (Delmar, en Mitchell y Oakley 1986: 26-7)

De igual forma, aunque las mujeres heterosexuales no podían abogar por el separatismo total como solución a sus problemas, éstas no podían sin embargo pasar por alto que muchas de las normas establecidas en el conjunto de relaciones heterosexuales no hacían sino reafirmar la subordinación de las mujeres. No importaba cuán bien intencionados fueran los hombres que defendían la causa feminista; en el terreno sexual y de las relaciones personales ninguno quedaba libre de sospecha, ya que todos ellos saltan ganando con la perpetuación del sistema patriarcal establecido, por lo que, en la esfera del debate político, el separatismo se convirtió en requisito indispensable.¹ Por todo

¹ Una de las publicaciones más polémicas de los años 60 fue el artículo de Anne Koedt "The Myth of the Vaginal Orgasm" (1968). En dicho ensayo Koedt, apoyándose en los estudios llevados a cabo por Kinsey, Masters y Johnson, concluye que es en el clitoris, y no en la vagina, donde se origina el orgasmo femenino. La penetración, hasta entonces considerada como componente esencial y determinante de las relaciones heterosexuales, se convertiría de repente en una práctica sexual al servicio del deseo masculino. En segundo lugar, quedaba claro que la penetración tenía un valor secundario para las mujeres, por lo que, al menos en teoría, éstas podían prescindir de los hombres a la hora

ello, la causa feminista se fijó dos objetivos fundamentales: por un lado, poner de relieve la opresión sexista sobre las vidas domésticas y sexuales de las mujeres; fundamentalmente en el ámbito de la familia, el bastión patriarcal por excelencia; por otro lado, dejar constancia del hecho de que es esa misma ideología sexista la que confiere a los hombres la supremacía social y sexual de que disfrutaban.

La respuesta masculina no se hizo esperar. Tal como afirma Seidler:

As men, we've responded to the woman's movement in different ways. Some of us ignored it, thinking that it would disappear. Some of us felt that it was a dangerous distraction from the central issues of class politics. Some of us were simply excited by it, but we were all, in one way or another, threatened and confused by it, as soon as it touched the everyday reality of our relationships. (1991: 64)

Si bien a lo largo de los años 70 surgieron muchos colectivos de hombres cuyo objetivo primordial era rebatir o subestimar la mayoría de postulados feministas, no es menos cierto que también se crearon otros con la sana intención de suscitar la autorreflexión y despertar la conciencia masculina a la opresión que sufrían las mujeres. No siempre contaron estos grupos con el apoyo del movimiento feminista que, como es lógico, recelaba de sus intenciones y posterior desarrollo. Uno de los frutos más señalados de este movimiento masculino pro-feminista fue la fundación de la revista *Achilles Heel* en el año 1978. Como una buena parte de las feministas británicas, *Achilles Heel* aunó la crítica al sistema patriarcal y las diferencias entre los sexos con una crítica al sistema capitalista y las diferencias entre las distintas clases sociales. Entre otras cosas, abordó el estudio de la construcción social de la masculinidad, así como la forma en que ésta se perpetuaba, tanto en la esfera pública como la privada. Ni que decir tiene que sus contribuyentes eran plenamente conscientes de los ataques y suspicacias que iban a suscitar, no sólo entre las feministas, sino entre la gran mayoría de hombres que no compartían sus puntos de vista. He aquí el gran dilema de los hombres que se solidarizaron con la causa feminista: eran un contrasentido, no encajaban en ninguna parte. En palabras de Victor Seidler:

It seems as if men had been used to legitimate the oppression of women, gay men and lesbians. Masculinity could not be deconstructed, it could only be disowned. (1991: xi)

Ahora bien, el hecho mismo de repudiar, negar o desautorizar la masculinidad plantea un problema irresoluble, un vacío conceptual difícilmente subsanable, por lo que la única solución posible pasa porque los hombres se de obtener gratificación sexual, lo que a su vez conllevaba un replanteamiento total de la heterosexualidad tal y como ésta había sido concebida hasta el momento.

planteen la necesidad de cuestionar el legado cultural que los ha encumbrado, así como de confrontar la experiencia de los distintos individuos con los presupuestos patriarcales generalmente atribuidos a la clase masculina. No cabe duda que el movimiento gay ha jugado un papel primordial en el desafío a los postulados patriarcales y heterosexistas establecidos. Sin embargo, sus logros no han hecho sino poner todavía más difícil a estos grupos masculinos pro-feministas la tarea de articular un discurso propio, al margen del elaborado por las feministas y los gays.

We in this collective [Achilles Heel] do not agree with men who say that the men's movement as such has no right to exist, except perhaps in a service role in relation to the women's movement. We see this attitude partly as another aspect of the guilt and self-denial we have been brought up with since birth. It also reflects contempt for other men. And in its extreme form it becomes another form of being dependent on women, allowing them to do all the work in making the changes that we need. (Seidler 1991: 31)

A la vez que Seidler llama la atención sobre el derecho de estos grupos a existir y autodefinirse, también denuncia el efecto negativo que la causa feminista a menudo ha suscitado en muchos hombres, a saber, el sentimiento de culpa que les ha impedido tomar parte activa en ese proceso de transformación por ambas partes deseado. Ni tan siquiera el movimiento socialista parece haber sido capaz de integrar en su programa de acción el problema de cómo los hombres pueden responder a la opresión de las mujeres desde su propia implicación personal en la misma. Al centrarse de forma casi exclusiva en las desigualdades de clase, se puede decir que la causa socialista ha evadido el análisis de la esfera privada, y por consiguiente de los problemas del grupo mayormente confinado a ésta, esto es, de las mujeres. Por otra parte, la tendencia más extendida de la crítica feminista de asociar a los hombres en general con el significado e implicaciones dominantes de la masculinidad en un entorno patriarcal ha impedido igualmente separar entre el poder que la clase 'hombres' puede tener, y de hecho tiene, en la sociedad, y la indefensión que muchos hombres pueden a menudo sentir a título personal en ese mismo entorno, que les obliga a adoptar roles y actitudes no siempre deseados.

Parece evidente que una transformación integral de la sociedad pasa por despertar la conciencia progresista al hecho de que las experiencias personales también inciden en el devenir de la vida pública, por lo que deben ser igualmente escudriñadas. Sin embargo, este análisis debe trascender cualquier sentimiento inicial de culpa. No basta con que los hombres simpatizantes con la causa feminista se sientan culpables y avergonzados de su condición masculina. Los sentimientos de culpa sólo conducen al immobilismo, y de lo que se trata es de transformar el mundo. Igualmente, asumir la existencia de una condición esencial masculina a la vez que se intenta desconstruir el concepto mismo de 'feminidad'

no es sino un gran contrasentido que niega a los hombres toda posibilidad de cambio. Podría decirse que uno de los logros de los llamados grupos de concienciación es confrontar a los 'hombres', en cuanto seres privados e individualizados, con el significado e implicaciones del concepto 'hombre', entendido éste como ente público y abstracto. El movimiento gay ha sido, sin duda alguna, pionero en esta labor de concienciación y desarrollo de redes de apoyo masculinas. Nadie mejor que ellos para entender lo denunciado por la causa feminista, esto es, que la sociedad ahoga al individuo al imponerle modelos de conducta que, a menudo, distan mucho de ser los elegidos y preferidos por éste/le.

Si bien la mayoría de estos grupos de hombres pro-feministas carecen de unas señas de identidad claramente delimitadas (todavía se debaten entre distintos posicionamientos ideológicos, no sabiendo a ciencia cierta dónde ubicarse), lo cierto es que su existencia ha facilitado la creación de un espacio en el que los hombres pueden explorar sentimientos y emociones que desde siempre les han sido negados por su propia condición masculina. Dicho de otra forma, estos grupos han supuesto la creación de un foro crítico constructivo desde el que los hombres pueden articular sus propias reacciones y respuestas a las preguntas e interpelaciones formuladas por la causa feminista, en claro contraste con la atmósfera competitiva que se está suscitando entre los académicos que intentan tomar parte activa en la elaboración y desarrollo de la crítica feminista.

Como es bien sabido, a mediados de los años 80 se reactivaron las discusiones que cuestionaban el papel de los hombres en el debate feminista. Para la gran mayoría de feministas, las mujeres necesitaban tiempo para desarrollar sus propios argumentos y perspectivas teóricas, ya que los hombres, independientemente de la naturaleza de sus intenciones, todavía representaban el poder que podía ahogar, y de hecho ahogaba, sus críticas y demandas. Sin embargo, la rápida expansión y triunfo del feminismo en las instituciones académicas, sin duda alguna debido a la cada vez mayor incursión de las feministas en el campo de la crítica teórica, y más en concreto del post-estructuralismo, una tendencia dominada por ungs cuanqos 'grandes', incitó a muchos académicos a adentrarse en el mismo terreno feminista que hasta hace poco habían severamente desdeñado.

De la misma forma que las feministas echaron en cara a los socialistas que las habían excluido de su análisis, muchos académicos argumentaron que las feministas los habían excluido injustamente de su terreno. Mientras algunos se contentaron con hacer uso de las herramientas críticas desarrolladas por el feminismo para abordar el análisis de las implicaciones del concepto social de masculinidad, otros quisieron ser protagonistas directos del acalorado debate feminista de los años 80 y 90. A pesar de los denodados esfuerzos de algunos por demostrar que las aportaciones feministas habían cambiado la configuración de su pensamiento y, por consiguiente, de su forma de entender el mundo, una no puede evitar pensar que fue precisamente el hecho de que el feminismo hubiera alcanzado la madurez como disciplina académica lo que verdaderamente les

indujo a hacerse un hueco en la crítica feminista. Contrariamente a lo que habían supuesto en un principio, la crítica feminista se había convertido en una maquinaria poderosa y capaz, a cuyos logros no querían en modo alguno permanecer ajenos.

La antología *Men in Feminism*, publicada en el año 1987, es un claro ejemplo de éste 'oportunistá' intervencionismo masculino. En este volumen, hombres y mujeres argumentan, coinciden y discrepan a partes iguales. La experiencia fue todo un éxito, y esta misma estructura de diálogo, según la cual las aportaciones de los hombres quedaban enmarcadas y eran en cierta forma contrastadas por las de sus colegas mujeres, se mantuvo en posteriores publicaciones como *Gender and Theory* (1989), o *Feminism and Institutions* (1989), de Linda Kauffman. A partir de ese momento, muchos 'críticos feministas' sintieron que podían y debían actuar en solitario, llegando a relegar, incluso a vilipendiar, comentarios que algunos de sus afirmaciones habían suscitado entre prominentes críticas feministas. La colección *Engendering Men* (1990), y la actitud de uno de sus editores, Joseph A. Boone, para con Toril Moi, bien puede servir de ejemplo.

En líneas generales, las contribuciones de estos críticos muestran una serie de características o estrategias comunes que vale la pena analizar. Por un lado, su insistencia en llamar la atención sobre la heterogeneidad del movimiento feminista como fuente de conflicto (así consiguen justificar su polémica presencia en el mismo). Por otro lado, su interés en poner de relieve que cualquier atisbo de exclusionismo por parte de las críticas feministas no hace sino constatar la tiranía del discurso feminista, que no duda en acallar todo tipo de voces discordantes, aunque éstas provengan de sus propias filas. Dejando estos ataques al margen, lo que resulta obvio es que, en la mayoría de los casos, la relación que estos académicos mantienen con la crítica feminista es completamente periférica; su mayor preocupación no es el análisis de los problemas de las mujeres, sino la defensa de su derecho a ostentar al cien por cien el título de 'feministas'. El rechazo que muestran por otro tipo de calificativos como 'pro-feminista', 'anti-sexista' o 'anti-patriarcal' resulta sumamente revelador.

Muchos de estos 'hombres feministas' han hecho uso de estrategias usadas por el movimiento feminista incipiente, tales como el método confesional, para demostrar que, al igual que no se puede hablar de la femineidad como si se tratara de un concepto monolítico y absoluto, la masculinidad como tal tampoco existe. Dicho de otra manera, todos podemos ser opresores y oprimidos, en realidad no hay diferencias entre los sexos. La respuesta mayoritaria de las feministas es fácil de imaginar. Debe quedar bien claro que la clase 'hombres' no es el mero reverso de la clase 'mujeres'; el concepto patriarcal de masculinidad ha otorgado durante siglos una preponderancia cultural, social y económica a los hombres heterosexuales blancos de la que han carecido por completo todas las mujeres de todas las clases, razas y culturas. Como es lógico, este tipo de

afirmaciones ha llevado a muchas feministas a cuestionarse la pregunta fundamental: ¿Cuáles podrían ser, en última instancia, las implicaciones de un 'feminismo masculino'? ¿Suprimir las 'exaltadas' voces de las mujeres en favor de las 'autorizadas' voces masculinas? ¿Arrebar a las feministas su bien merecido protagonismo en el campo académico de los estudios de mujeres, bastión fundamental de la causa feminista?

Para Tania Modleski, la amenaza no reside sólo en la intromisión masculina en el proyecto feminista, sino en sus esfuerzos denonados por neutralizar y trivializar los puntos más importantes de la agenda feminista.

These books are bringing men back to centre stage and diverting feminists from tasks more pressing than deciding about the appropriateness of the label 'feminist' for men (1991: 6).

Por otra parte, prosigue Modleski, la participación de los hombres como miembros de igual derecho que las mujeres en el movimiento feminista presupone, no sólo que es posible un diálogo igualitario y fluido entre ambas partes (lo cual dista mucho de parecerse a la realidad, tanto en el entorno académico como en el mundo en general), sino también que la causa feminista se enmarca en un modelo heterosexual, que muchos incluso se atreverían a calificar de heterosexista. En palabras de Lee Edelman,

the 'and' identifies the dialogue itself as a type of union or wedding, thus inscribing within the very framework of the discussion, the essential heterosexuality of the project—a project that must always supplement the idealized pairings of 'and' with a reproduction of the confrontational sublime that operates 'between'. (en Kauffman 1989a: 215)

Por último, los escritos de 'hombres feministas' podrían originar problemas de tipo práctico. El gran número de páginas y esfuerzos que dedican a discutir los términos en virtud de los cuales pueden y deben ser admitidos en el movimiento feminista no hacen sino construir barreras artificiales en torno al feminismo, que lo único que consiguen es encorsetarlo, restringirlo y debilitarlo. Para muchos, todo parece reducirse a una cuestión de propiedad: ¿a quién 'pertenece' el feminismo? En ocasiones, su actitud puede incluso llevar a pensar que lo que éstos académicos pretenden es el absurdo de crear un lenguaje feminista específicamente masculino. Aunque la gran mayoría de críticas feministas han optado por rechazar este discurso de propiedad en favor de uno de celebración y aceptación incondicional de la heterogeneidad, es precisamente esta heterogeneidad lo que a muchos 'críticos feministas' más les cuesta encajar, fundamentalmente porque conlleva asumir que el feminismo o, mejor dicho, los feminismos, pueden trascender las barreras de las teorías post-estructuralistas, cuyo halo de academicismo elitista es tan del agrado de éstos.

Por otra parte, algunos 'críticos feministas' parecen estar incurriendo en el mismo error que cometieron algunas feministas de los años 70 al asumir que pueden hablar en nombre de todos los hombres: lo cual ha sido duramente criticado por otros críticos. Muchas críticas feministas se han opuesto a este juego de acusaciones mutuas. Como afirma Toril Moi en su respuesta al artículo de Joseph Boone antes mencionado, lo que las feministas demandan de los hombres es la clara convicción de que están trabajando en contra de los intereses del patriarcado, no en contra de los intereses de otros críticos (en Kaufman 1989a: 181-90). Finalmente, algunos de los que sí se esfuerzan por resaltar la existencia de diferencias dentro de la clase 'hombres', lo hacen poniendo en tela de juicio el modelo heterosexista en el que muchos críticos parecen haberse instalado. Llaman la atención sobre la existencia del movimiento gay y la trascendencia social e ideológica de sus reivindicaciones en ese proceso transformador de la sociedad por muchos deseado. Sin embargo, y es aquí donde radica su gran error, todos parecen pasar por alto la existencia de otro movimiento no menos importante: el de los colectivos lésbicos, que desde los mismos comienzos de la lucha feminista se esforzaron denodadamente por desconstruir el heterosexismo en torno al cual se vertebra todo el entramado social.

En resumen, aunque es cierto que no se puede atribuir género a la escritura en un sentido estricto, y que cualquier intento de desestabilizar el sistema patriarcal es bien recibido, las feministas se muestran en general reacios ante la intervención e intentos de apropiación de la causa feminista por parte de los hombres. Para ellas, sí que es de vital importancia el tener en cuenta la identidad del autor en cuestión: en su opinión, el hecho de ser hombre o mujer cambia, y mucho, la perspectiva y forma de enfrentarse al mundo, como también afecta substancialmente el hecho de ser lesbiana, negra, de clase trabajadora, etc. En una palabra, hombres sí —¡qué remedio!—, pero con muchas reservas.

Para concluir, quisiera hacer referencia a otras agrupaciones de hombres, por desgracia no menos importantes, también surgidas a raíz del auge del feminismo y cuyo principal objetivo es cuestionar y desestimar los cambios suscitados por éste. Me refiero a grupos como los denominados 'Iron John', fundados por Robert Bly en los Estados Unidos, pero igualmente florecientes en el Reino Unido, aunque menos relevantes en otros países europeos. El motivo que impulsó a Bly a crear tales grupos no era sino llamar la atención sobre la necesidad del hombre moderno de recuperar su 'virilidad perdida'. En su opinión, la crisis de identidad que hoy en día sufre el hombre es resultado directo del auge de la causa feminista, que ha intentado por todos los medios anular a los hombres, demoler el concepto de masculinidad, y desterrar los atributos tradicionalmente calificados de 'masculinos' de la faz de la tierra.

Por dar un ejemplo, en junio de 1990 el periódico *The Guardian* dedicó dos días de su sección de mujeres al fenómeno del así llamado 'hombre nuevo' (*new man*). Entre otras cosas, lo que aquí se insinúa es que ser un 'hombre nuevo'

a menudo implica renunciar a toda reivindicación de autonomía. Kimberley Leston llega incluso a afirmar que la reciente inclusión de hombres que realizan tareas domésticas en anuncios publicitarios puede incluso sugerir que, cuando éstos se ponen, hacen las cosas mejor que las propias mujeres (*The Guardian*, Thursday, 21 June 1990). Dicho de otra forma, esta imagen del 'hombre nuevo' a menudo se utiliza como un arma arrojada contra las mujeres, como un instrumento para reafirmar aún más el poder masculino, y es más una parodia de las reivindicaciones feministas que una defensa de éstas. Como Harry Christian concluye, una cosa es ser 'anti-sexista', esto es, presentar una actitud abiertamente crítica frente al patriarcado y abiertamente positiva frente al feminismo, y otra ser 'no-sexista', término éste mucho más neutro y ambiguo, que no denota ningún tipo de respuesta activa o comprometida ante la causa de las mujeres, y que puede por consiguiente ocultar y encubrir actitudes mucho más reaccionarias (1994: 3).

El movimiento 'Iron John' no mantiene ninguna conexión con el movimiento de liberación de las mujeres. Si bien su fundador, Robert Bly, procura no atacar al feminismo de forma directa, no por ello ha dudado en afirmar que "70s feminism 'softened' modern man at the expense of male 'wholeness' — they are life-preserving but not exactly life-giving" (Bly 1991: 3). Como pude imaginarse, fue el cuento de Iron John de los hermanos Grimm lo que dió nombre al movimiento. En este cuento, un hombre salvaje es capturado y encarcelado por un rey, para ser después liberado por el hijo de éste. Bly utiliza esta historia como una metáfora, para sugerir que el hombre contemporáneo esta dentro de sí mismo un hombre salvaje que ha de ser liberado a fin de que éste pueda volver a disfrutar de la experiencia de su propia masculinidad. Ni que decir tiene que dicha afirmación se asienta en unos presupuestos esencialistas, que básicamente se oponen a cualquier tipo de análisis y renegociación del concepto de masculinidad, entendiendo éste como una mera construcción cultural. En una palabra, por mucho que aleguen que no atacan directamente a la causa feminista, lo que sí es obvio es que no hacen absolutamente nada que pueda facilitarle las cosas, lo que no deja de ser un ataque encubierto. En palabras de Christian:

While Bly disclaims hostility to feminism his movement places no emphasis on helping the struggle against women's oppression, and seems to be part of a series of inward-looking 'men's liberation' activities which may perhaps be of benefit to some men but are hardly likely to benefit women, and may even be part of the anti-feminist backlash (1994: 11).

A la luz de todo lo dicho, no es de extrañar que las críticas feministas muestren tantos recelos hacia formaciones masculinas de todo tipo. Al igual que ocurre en el movimiento de mujeres, nadie puede garantizar que todos los individuos que se agrupan bajo el mismo epígrafe general de 'movimiento de hombres' participen de las mismas ideas. De hecho, las tendencias de estos

grupos, como ya se ha visto, pueden oscilar desde el más sincero apoyo a la causa feminista hasta el ataque más mordaz contra la misma. Como bell hooks afirma, sólo cuando todos ellos adopten una actitud crítica con respecto a su condición masculina dominante podrá ser posible el cambio.

We need a men's movement that is part of revolutionary feminist movement. If the masses of men in our society have not unlearned their sexism, have not abdicated male privilege, then it should be obvious that a men's movement led only by men with only males participating runs the risk of mirroring in a different form much that is already oppressive in patriarchal culture (en Hagan 1992: 117).

Como es bien sabido, algunos periodistas han alcanzado la fama gracias a sus comentarios anti-feministas. Baste con mencionar a Neil Lyndon o a David Thomas, autor del tan polémico libro *Not Guilty* (1993), en el que llega a afirmar con datos estadísticos supuestamente fiables que las auténticas víctimas de nuestra sociedad occidental son los hombres, ya que "Western society is obsessed with women to the point of mass neurosis" (1993: 2). Para apoyar sus argumentos, Thomas no duda en citar casos en los que los hombres son víctimas de violencia física y acoso sexual, pasando así por alto el hecho de que, aunque esto sea cierto, son sin duda alguna las mujeres las que más han sufrido, y continúan sufriendo, este tipo de abusos por parte de los hombres. Thomas establece lo que en su opinión son diferencias cruciales entre hombres y mujeres, basándose para ello en argumentos evolucionistas totalmente anclados en presupuestos patriarcales. Basten como ilustración de lo dicho las siguientes palabras:

Men are able to analyse three-dimensional objects moving in space because that is what a huntsman has to do with his target. Women are able to recall the arrangement of objects because that is what a gatherer, searching the ground for edible plants, needs to be able to remember from one harvesting trip to another. Modern men find it easier than women to drive a car through a narrow opening; but, unlike women, they can never remember where anything in the house is kept (1993: 48).

Thomas intenta dar al análisis de los datos que aporta un tono progresista y objetivo, pero sus conclusiones no hacen sino dejar bien patente su profunda aversión hacia el movimiento feminista, por el que se siente más amenazado que interpelado.

En resumen, aunque la presencia de un movimiento de hombres independiente del de las mujeres es, en teoría, algo totalmente defendible en aras de la igualdad y la justicia, no cabe duda de que, en la práctica, su existencia a menudo supone un firme obstáculo en la lucha por las libertades de las mujeres. Si bien la circulación de periódicos como el *Achilles Heel* ya citado, o la

existencia de grupos como el NOMAS (National Organization of Men Against Sexism) en los Estados Unidos, son una puerta abierta a la esperanza, no debe olvidarse la fuerza que organizaciones como la de Bly, o incluso los propios medios de comunicación de masas, tienen a la hora de mostrar el feminismo, no como una vía crítica y positiva de regeneración de la sociedad, sino como un ataque visceral e injustificado contra los derechos y libertades de los hombres. En una palabra, sin que pueda afirmarse de forma tajante que los hombres y la causa feminista son cual substancias inmiscibles, lo que sí es cierto, o al menos eso espero que se desprenda de la lectura de este modesto ensayo, es que son, cuando menos y por motivos obvios, 'como agua para aceite', esto es, difícilmente integrables.

OBRAS CITADAS

- BLY, R. 1991. *Iron John: A Book About Men*. Shaftesbury, Dorset: Element Books.
- BOONE, J. A. y M. Cadden, eds. 1990. *Engendering Men: The Question of Male Feminist Criticism*. London: Routledge.
- CHRISTIAN, H. 1994. *The Making of Anti-Sexist Men*. London: Routledge.
- COOTE, A. y B. Campbell. 1987. *Sweet Freedom: The Struggle for Women's Liberation*. Oxford: Basil Blackwell.
- HAGAN, K. L., ed. 1992. *Women Respond to the Men's Movement*. San Francisco: Pandora.
- KAUFFMAN, L., ed. 1989a. *Gender and Theory: Dialogues on Feminist Criticism*. Oxford: Basil Blackwell.
- KAUFFMAN, L., ed. 1989b. *Feminism and Institutions: Dialogues on Feminist Criticism*. Oxford: Basil Blackwell.
- KOEDT, A., Levine y A. Rapone, eds. 1973. *Radical Feminism*. New York: Quadrangle Books.
- MITCHELL, J y A. Oakley, eds. 1986. *What Is Feminism?* Oxford: Basil Blackwell.
- MODLESKI, T. 1991. *Feminism Without Women: Culture and Criticism in a Post-Feminist Age*. London: Routledge.

- SEIDLER, V. J., ed. 1991. *The Achilles Heel Reader*. London: Routledge.
- THOMAS, D. 1993. Not Guilty: In Defence of Modern Man. London: Weidenfeld & Nicolson.
- WANDOR, M., ed. 1972. *The Body Politic*. London: Stage One.
- WHELEHAN, Imelda. 1995. *Modern Feminist Thought: From the Second Wave to Post-Feminism*. Edinburgh University Press.